

Primero sueño
y otras páginas

(Prosi ficción)

**Sor Juana Inés
de la Cruz**

Estudio preliminar y
selección:

Susana Zanetti

BIBLIOTECA BASICA UNIVERSAL


CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

PROSIFICACION¹ del PRIMERO SUEÑO

I.— *La Invasión de la Noche*

Una sombra funesta (o fúnebre) y piramidal, que parecía nacer de la tierra, encaminaba hacia el Cielo la altiva punta de sus vanos obeliscos (*vanos*, por ser de sombra y por fallar su intento), como si pretendiese subir hasta las Estrellas. Pero las luces de éstas —siempre rutilantes y libres de aquel asalto— burlaban la tenebrosa guerra que con negros vapores les declaraba la misma Sombra impalpable, “fugitiva” ante el tacto. Quedaban las Estrellas, en efecto, aún tan distantes y remontadas, que el atezado ceño (la negra cólera) de la Tiniebla, ni siquiera llegaba al “convexo” (o sea, a la superficie exterior) de la Esfera de la Luna, —la Diosa que es tres veces hermosa, con sus tres hermosas “fases”, o faces—, y sólo dominaba en nuestra atmósfera sublunar, cuya diafanidad empañaba como con un denso vaho. Pero “contenta” (o limitada) en tal imperio, que ella misma tornaba silencioso, no le consentía más rumor que las voces asordinadas (“sumisas”) de las Aves nocturnas, tan oscuras y graves, que parecían no interrumpir el silencio.

25 Con tardo vuelo y canto —despacible para el oído, y más para el ánimo—, la avergonzada Nictimene (la Lechuza, que fue una doncella de Lesbos, metamorfoseada en tal ave en pena de un infando delito) acecha o espía los resquicios de las puertas sagradas de los Templos, o los huecos más propicios de sus altas claraboyas, que puedan ofrecerle ca-

¹ Reproducimos la prosificación y división del *Primer Sueno* realizada por Alfonso Méndez Plancarte. Op. cit.

paz entrada; y cuando acaso logra penetrar, se aproxima —sacrílega— a las sacras lámparas de llama perenne, que ella apaga o extingue, si ya no es que la “infama” con peores irreverencias, consumiendo o bebiéndose su aceite: la materia crasa —o la “grasa”—, convertida en claro licor, que había suministrado el árbol de Minerva (el Olivo), como un sudor congojoso y un tributo forzado, cuando sus aceitunas fueron exprimidas bajo el peso de las prensas.

39 También aquellas tres doncellas Tebanas —las hijas de Minias, que incrédulas de la deidad de Baco, en vez de acudir a sus cultos, proseguían laboriosas sus tejidos y se entretenían en narrarse las leyendas de Píramo y Tisbe o de Marte y Venus, por lo que el Numen arrasó su casa, convirtió sus telas en hiedras y pámpanos, y a ellas las metamorfoseó en Murciélagos—, forman ahora como una segunda niebla (como una nueva oscuridad dentro de la oscuridad), temiéndose ser vistas aun en medio de las tinieblas, por su triste aspecto de aves con alas pero sin plumas. A tales tres Hermanas temerarias, que así desafiaron a Baco trabajando en sus fiestas, su castigo tremendo les dió unas alas de parda y desnuda piel, tan ridículas que son mofa aun para las Aves Nocturnas más horribles. Y éstas, en compañía con el Buho (Ascálafo, el indiscreto espía de Plutón, que por haber delatado una mínima falta de Proserpina se convirtió en esta Ave, que ahora sirve a los agoreros de supersticioso indicio), componían, ellos solos, la “no canora Capilla”, el ríspido Coro de la Noche, mezclando sus varias notas —“máximas”, “negras”, “longas”— con sus aún más frecuentes pausas, y tal vez aguardando el torpe avanzar de la perezoza “mensura” o ritmo —de “proporción mayor”— que con movimiento flemático les marcaba el viento: ritmo de tan detenido y tardo compás, que entre una y otra “batuta”, el propio viento se quedaba a veces dormido.

65 Así, pues, este triste rumor, cortado por pausas (o “intercadente”), de la turba “asombrada” (entenebrecida y pávida: de sombra y asombro), y al mismo tiempo “temerosa” (o capaz de infundir temor), no despertaba la atención, sino más bien inspiraba somnolencia. Su música lenta y “obtusa” (nada “aguda”), inducía al sosiego y convidaba al reposo de los miembros, de igual modo que la Noche —como un silencioso Harpócrates, la deidad egipcia y griega que sella-

ba con un dedo sus labios— intimaba el silencio a los vivientes. . . : a cuyo precepto imperioso, aunque “no duro” (pues que es tan suave acatarlo), todos obedecieron.

II.— El Sueño del Cosmos

80 Sosegado ya el viento, y dormido el can, éste yace, y aquél —en absoluta quietud— no mueve ni aun sus propios átomos, teniendo hacer, con su ligero susurro, algún sacrílego rumor que, aunque mínimo, profane o viole la sagrada calma nocturna. . . El Mar, apaciguado su tumulto, ni siquiera mecía sus olas, que son la azul y móvil cuna en que duerme el Sol. . . Los Peces, siempre mudos, y ahora dormidos en sus lamosas grutas submarinas, eran mudos dos veces. . . Y no muy lejos de ellos, igualmente dormían los Pájaros Marinos, como Alcione —la antes hermosa hija de Eolo—, que había transformado en peces (cautivándolos con las redes de su amor) a sus incautos amantes, y que luego —siendo ya la esposa de Céix o Ceico, rey de Tracia, y arrojándose desde la costa sobre su cadáver náufrago—, fue metamorfoseada, igual que él, en Alción o Martín Pescador (con desventura en que pudiera verse una “venganza” o castigo de sus juveniles crueldades).

97 En los escondrijos del monte y en los cóncavos huecos de las rudas peñas —defendidos por la fragosidad de su altura, pero aún mejor asegurados por la obscuridad de su interior, capaz de hacer juzgar a mediodía que es de noche, y todavía incógnita hasta para el seguro pie montaraz del cazador más experto—, yacía también dormido todo el vulgo de los Brutos, depuesta u olvidada su ferocidad o su timidez, pagando a la Naturaleza el universal tributo del sueño, impuesto por su poder. Hasta el León, el Rey de los Animales —de quien fabulaban los viejos Naturalistas que dormía sin bajar los párpados—, él tampoco dejaba de dormir, aunque “afectando vigilancias” (o sea, fingiendo velar), con los ojos abiertos.

113 El que fué antaño Príncipe glorioso, —el cazador Acteón, que por sorprender a Diana y sus Ninfas en los estanques del Eurotas, fue trocado en Ciervo y desgarrado por su propia jauría—, convertido ya en tímido Venado, también duerme en la selva; pero, “con vigilante oído”,

mueve una u otra de sus aguzadas orejas al más imperceptible temblor que agite los átomos del aire tranquilo, y escucha aquel ligero rumor, que aun entre el sueño lo sobresalta. . . Y recogida en la quietud de sus nidos —frágiles y móviles hamacas, que formó con lodo y brozas, en lo más espeso y sombrío del bosque—, duerme la “leve turba” (la voladora muchedumbre) de los Pájaros, mientras el Viento mismo también descansa del tráfago con que durante el día lo cortan sus alas. . .

129 El Aguila, el Ave noble de Júpiter —por no entregarse entera al reposo, que (como Reina que es de los pájaros) considera vicio si pasa de lo indispensable, por lo cual vive cuidadosa de no incurrir en culpas de omisión, por falta de vigilancia—, confía su entero peso a una de sus patas, apoyada toda en sólo ella, mientras que con la otra mantiene levantada una piedrecilla, que le servirá de reloj despertador al desprendérsele apenas dormite, para que así, cuando no pueda menos de caer por algún instante en el sueño, éste no pueda dilatarse, sino que al punto se lo interrumpa su regio deber de la vigilancia pastoral. ¡Oh gravosa carga de la Majestad (duro deber anexo a la Autoridad), que no permite ni el menor descuido, siendo ésta acaso la razón que ha hecho —por misterio o símbolo— que la corona sea circular, significando, en su cerrado círculo dorado, que el afán y desvelo del buen gobernante debe ser no menos continuo!

147 El Sueño en fin, se había ya apoderado de todo; todo lo dominaba ya el silencio: hasta los salteadores nocturnos dormían, y hasta los trasnochadores amantes ya no se desvelaban.

III.— El Dormir Humano

151 Ya casi iba pasando el “conticinio”, y la noche iba a su mitad, siendo ya presa del sopor de los miembros fatigados de las diurnas tareas y no sólo oprimidos por el peso del trabajo corporal, sino también cansados del deleite, —puesto que todo objeto continuado, aun el más deleitoso, acaba por fatigar los sentidos, porque la Naturaleza pide siempre alternar el reposo y la actividad, como inclinándose alternativamente ya uno o ya otro de estos dos platillos de esa ba-

lanza (de ese "fiel, infiel": fiel por lo ordenado, e infiel por su alternada inclinación a uno u otro de ambos extremos), con que rige y mantiene en equilibrio la "aparatoso máquina" del mundo, su espléndida y compleja organización. Entonces, dominados ya los miembros por el dulce y profundo sopor, los sentidos quedaron, si no privados por siempre, sí suspendidos (temporalmente) de su actividad ordinaria —que es su trabajo, aunque amado, si es que hay amable trabajo—; y con ello, quedaron en quietud, cediendo ya al Sueño —imagen o retrato de la Muerte— el cual, armado lentamente, embiste cobarde con sus armas soñolientas, y con ellas vence (no ya violento, sino perezoso) a todo hombre, desde el más humilde pastor al altivo rey, sin hacer distinción entre el sayal y la púrpura, puesto que su rasero no conceptúa como privilegiada a persona alguna, desde el Papa (cuya tiara suprema se forma de tres coronas) hasta el Labradorcillo que vive en una choza de paja, y desde el Emperador (cuyo palacio dora el caudaloso Danubio) hasta el ínfimo pescador que pernocta bajo un techo de pobres juncos. Morfeo, en efecto, —imagen poderosa de la Muerte, también en esto—, mide con siempre igual vara o medida los tejidos más burdos y los brocados.

192 El Alma, pues, —suspensa o descargada del gobierno exterior y del material empleo de las actividades sensitivas, en cuya ocupación da el día por bien o mal gastado—, ya ahora (en cierto modo alejaba, ya que no separada enteramente, de los lánguidos miembros y de los huesos sosegados, oprimidos por la muerte temporal que es el Sueño), únicamente les suministra los dones del calor vegetativo, siendo entonces el cuerpo, en esa quietud, como un cadáver con alma, muerto si comparamos su estado con el de la vida normal, aunque vivo si lo cotejamos con la muerte absoluta: manifestando señas de dicho persistir de la vida, aunque algo tardas o escasas, el vital "volante" (o cuerda) de ese reloj humano —el corazón—, que con los tranquilos y armoniosos latidos de sus arterias, ya que no con manecillas, da unas pequeñas muestras de su bien regulado movimiento.

210 Al Corazón, además, —rey de nuestros miembros, y centro vivo de nuestros espíritus vitales—, se asocia en esto el Pulmón, ese fuelle respirante que es como un imán que

atrae el aire a nuestro interior, y que ora comprimiendo, ora dilatando el flexible acueducto de músculos que es nuestra garganta, hace que en él resuelle el aire fresco que inhala de la atmósfera circundante, y que luego expele una vez que se ha calentado, el cual se venga de su expulsión robándonos cada vez un poco de nuestro calor natural y de nuestra vida: robos pequeños, que ahora ni siquiera sentimos, pero que nunca se recuperan y que vendrá algún tiempo en que los lloremos, pues no hay "robo pequeño" —o desdeñable y venial— cuando éste se repite muchas veces (ni menos cuando se hace a cada instante, día y noche, por toda la vida).

226 El Corazón y los Pulmónes, como decíamos, —testigos ambos sin tacha—, aseguraban la persistencia de la vida. Pero impugnaban esta información (aunque con voces mudas y sin aducir otro alegato que su silencio) todos los sentidos callados e inoperantes; e igualmente la lengua, por el hecho mismo de no poder hablar, también desmentía a aquéllos, reducida a torpe mudez. A favor de la vida, sin embargo, militaba además otro testimonio: el de la más competente o maravillosa oficina científica del calor, y pródiga dispensera de todos los miembros, que —jamás avara y siempre diligente— no prefiere a las partes del organismo más cercana a ella, ni olvida a las más remotas, sino que procede como si tuviera rigurosamente anotada la ración que a cada una debe tocarle en la distribución del "quilo" que el incesante "calor natural" ha destilado de los alimentos: del manjar que —como piadoso medianero— interpuso su inocente substancia entre ese "calor" y el "húmedo radical", pagando él por entero la compasión o la necia temeridad con que la expuso al peligro, según suele acaecer (por merecido castigo, si ello era ocioso), a aquél que se entremete en riña ajena y sale golpeado.

252 El Estómago, pues, —esa templada hoguera del calor humano, en la que se cuecen los alimentos, ya que no se forjen allí los rayos, como en la herrería de Vulcano—, enviaba al Cerebro los vahos de los "cuatro humores" que mutuamente se tiemplan: vapores húmedos, mas en esta ocasión tan claros, que con ellos no sólo no empañaba u opacaba las diurnas imágenes sensoriales que la facultad "estimativa" (o sea, aquí la "central" de los sentidos exteriores) trasmite a la "imaginativa", y que ésta

—más clarificadas— entrega, para que as atesore más fielmente, a la “memoria”, quien diligentemente las esculpe en sí y las guarda tenaz; sino que esos vapores, de tan claros, dejaban desahogo a la “fantasía” para su: nuevas creaciones.

IV.— *El Sueño de la Intuición Universal*

266 Al modo que en el terso espejo del Faro de Alejandría —cristalina maravilla y amparo peregrino de aquella isla de Faros—, se veían a inmensa distancia de casi todo el reino de Neptuno (sin que esta lejanía lo impidiese) las naves que remotas lo surcaban, distinguiéndose claramente el número, el tamaño y la fortuna que esos arriesgados navíos tenían en la movediza llanura transparente, mientras sus velas leves y sus pesadas quillas se abrían camino entre los vientos y las aguas; así, de igual manera, la Fantasía, tranquila, iba copiando todas las imágenes de las cosas, y —con mentales colores, luminosos aunque sin luz— su pincel invisible iba trazándose no sólo las efigies de todas las criaturas sublunares o terrestres, sino también las de aquellas otras que son como unas claras estrellas intelectuales —los espíritus puros y los conceptos abstractos—, pues hasta donde cabe para ella la aprehensión de lo invisible o inmaterial, la propia Fantasía las representaba en sí, por ingeniosos medios, para exhibirlas al Alma.

292 El Alma misma, entre tanto, reconcentrada toda ella en una como intuición de su propio ser espiritual y su esencia hermosa, contemplaba esa centella o chispa de Dios que goza dentro de sí, por participación que El mismo le dio, al haberla creado a Su semejanza. Juzgándose, además casi desatada de la cadena del cuerpo, que la tiene siempre ligada y que grosera y torpe le dificulta el vuelo intelectual con que ora mide la inmensidad del firmamento, ora estudia el armonioso y a la par variadísimo giro de las estrellas, —especulación astronómica que, cuando degenera en la “Astrología Judiciaria”, al querer vanamente predecir los futuros libres, es una grave culpa y lleva en sí su justo castigo, siendo un cruel torcedor que le roba al hombre la paz—; El Alma, digo, (creyéndose casi una “Inteligencia separada”, al modo de los Angeles), se veía puesta, a su parecer, en la cumbre altísima de una Montaña tal, que junto de ella era un obediente enano el Monte Atlas que preside a

todos los otros, y ni siquiera merecía llegar a ser su falda el Olimpo —cuya serena frente descuello sobre las tempestades, sin que la violen jamás los vientos—, pues las nubes que son obscura corona del Monte más elevado o del más soberbio entre los Volcanes que parecen gigantes que asaltan al Cielo y le intiman guerra, apenas si serán una densa faja de su enorme cintura, o un tosco cingulo que, mal ceñido a ella, el viento lo sacude y lo desata, o que el calor del Sol, allí más próximo, lo disipa, como bebiéndoselo. . .

327 De tal Montaña, pues, aun a la zona más inferior —o sea, al tercio primero de su espantable altura—, jamás pudo llegar el raudo vuelo del Aguila, que se encumbra en el Cielo y que le bebe los rayos al Sol, ávida de anidar entre sus fulgores: y esto, aunque ha pretendido, trepando por la escalera del aire, que sus dos alas “rompan la inmunidad” —o pasen los linderos inviolables— de aquella cumbre, y por más que ha esforzado como nunca su brío, ya batiendo sus dos velas de pluma (sus alas mismas), ya peinando la atmósfera con sus garras (como nadando en el viento).

V.— *“Intermezzo” de las Pirámides*

340 Las dos Pirámides —ostentaciones de Menfis (vano, o envanecido por ellas) y esmero máximo de la Arquitectura, si es que no ya pendones (sólidos, en vez de tremolantes)—, cuya eminencia, coronada de bárbaros trofeos, sirvió a los Faraones de túmulo, y a la vez de estandarte que pregonaba al viento y a las nubes, cuando no al propio Cielo, las glorias de Egipto que ni la Fama podía cantar, enmudecida ante su muchedumbre, y las proezas de Menfis, su siempre vencedora y magna Ciudad, que hoy es El Cairo, de esta manera impresas en el viento y el Cielo;

354 estas dos moles, cuya estatura se elevaba con tal arte al irse adelgazando (y así “aumentaba”, en armoniosa simetría, al “disminuirse”), que, cuanto más se encaminaba al Cielo, desaparecía entre los vientos a los ojos que la miraban, aunque fuesen de lince, sin permitirles mirar la fina cúspide que parece tocar el primer orbe —o la celeste esfera de la Luna—, hasta que ya rendida la mirada por el pasmo, y no bajando poco a poco, sino despeñándose de tal excelsi-

tud, se hallaba al pie de la extendida base, sin recobrase de pronto, o recobrándose mal, del vértigo que fue grande castigo de la valadora osadía de los ojos;

369 estas construcciones cuyos cuerpos opacos, no contrarios al Sol, sino avenidos con sus luces y aun confederados con él (como limítrofes que eran), se veían tan íntegramente bañados por su resplandor, que —iluminados siempre en todas su caras— nunca ofrecieron al fatigado aliento y a los débiles pies de los caminantes acalorizados la alfombra menos cálida, no ya digamos de una sombra, por pequeña que fuese, mas ni siquiera de una señal de sombra. . . ;

379 éstas, pues, —presciendiendo de que hayan sido meros monumentos civiles: “glorias de Egipto”, o de que hayan tenido una función idolátrica: “bárbaros jeroglíficos de ciego error”—, se revisten de un hondo simbolismo en Homero: el dulcísimo y también Ciego vate de Grecia (salvo que, por narrar las gestas de Aquiles y las astucias bélicas de Ulises, lo reclame por suyo el gremio de los historiadores, para aumentarle a su catálogo “más gloria que número”, valiéndolo él solo por muchos); de cuya dulce serie numerosa de versos —“numerosa”, por tantos y por armoniosos—, sería más arduo el robar un solo hemistiquio de los que le inspiró Apolo benigno, que no el arrebatarse su fulminante rayo al temido Júpiter, o su pesada y férrea clava (o macana) a Hércules.

399 Según el aludido sentir de Homero, efectivamente, las Pirámides sólo fueron símbolos materiales, signos externos, de las dimensiones interiores que son especies intencionales del Alma —esto es, de la “actitud del espíritu humano”—: pues como la ambiciosa llama ardiente sube al Cielo en punta piramidal, así el Alma trasunta esa figura, y siempre aspira a la Causa Primera, que es el Centro al que tienden todas las líneas rectas (toda verdad y todo justo anhelo), y la Circunferencia infinita que en Sí contiene —virtual y eminentemente— todas las esencias.

VI.— La Derrota de la Intuición

412 Estos dos Montes artificiales, por tanto, —estas dos

maravillas, y aun dijérase que milagros—, y aun aquella blasfema y altiva Torre de Babel, de quien hoy (no ya en escombros de piedra, sino en la variedad de las lenguas, más indeleble a través del tiempo que todo lo devora) son todavía señales dolorosas los idiomas diversos que dificultan el sociable trato de las varias razas y naciones, haciendo que por sólo la extrañeza idiomática parezcan diferentes los hombres que hizo unos —esencialmente iguales— la Naturaleza. . . ; las Pirámides, digo, y aquella Torre, si se comparan a la excelsa Pirámide Mental en donde el Alma se miró situada, sin saber cómo, quedarían rezagadas tan abajo —tan inferiores en ese vuelo hacia lo alto—, que cualquiera juzgaría que la cima de esta Pirámide Mental era ya alguna de las Esferas celestes, pues el ambicioso anhelo del Alma, encumbrándose en su propio vuelo, la alzó hasta la parte más excelsa de su mismo espíritu, tan remontada sobre sí misma, que se le figuraba haber salido de sí y pasado a alguna nueva región.

435 Desde tamaña altura, casi inconmensurable, el Alma —la suprema Reina soberana de lo sublunar, poseída a la vez de júbilo, suspensión, asombro y orgullo—, sin temer la distancia ni recelar de algún obstáculo opaco que interpuso le oculte objeto alguno, tendió la vista perpicaz de sus bellos ojos intelectuales —libre de todo embarazo de “anteojos” u otros adminículos—, en la libre visión de todo lo creado: cuyo inmenso conjunto o cúmulo inabarcable, aunque —manifiesto a la vista— quiso dar señas de posible, no le dejó la mínima esperanza a la comprensión: la cual retrocedió cobarde, entorpecida con la sobra de objetos y excedida su potencia por la magnitud de los mismos. No con menos rapidez tuvo que revocar la intención, arrepentida del audaz propósito, la vista que —descomedida— quiso en vano alardear contra el objeto que sobrepuja en excelencia a las pupilas: contra el Sol, digo, —el cuerpo luminoso—, cuyos rayos, despreciando las fuerzas desiguales que lo desafían, son la pena de fuego que castiga ese audaz ensayo, presuntuoso antes y después lamentado: imprudente experiencia, tan costosa, que (como Icaro pagó su osado aproximarse al Sol, ahogándose en el mar al derretirse sus alas de cera), así a este otro Icaro pequeño, que trató de mirar al Sol, lo anegó el propio llanto en que hubo de deshacerse.

469 El *o.o.*, pues, que osó clavarse en el *Sol*, no desistió tan rápido de su osadía, como aquí se rindió el Entendimiento, vencido por la inmensa multitud de tan complejas y diversas especies —que entre todas eran como un pesadísimo globo terráqueo que debieran sostener sus débiles hombros—, no menos que pasmado por las cualidades de cada uno de tan incontables objetos, al grado de que —pobre en medio de tanta abundancia, y por ella misma, y confusa su elección en las neutralidades de aquel mar de asombros, sin poder decidirse a atender más bien a una que a otra de tantas maravillas—, se encontraba ya a punto de naufragar (“equivoco”, o sin norte) en aquellas olas. Precisamente por mirarlo todo, nada veía; y —embotado el Intelecto en tantas y tan difusas especies inabarcables que contemplaba, desde el uno hasta el otro de los ejes (o “polos”) en que es-triba la máquina giratoria del firmamento—, no podía discernir, no ya digamos las partes sólo “perfeccionantes” del Universo (o sea, aquellas minucias accidentales que parecen tender únicamente a su ornato), más ni siquiera las partes “integrantes”, que son como los miembros, armoniosamente proporcionados, de la misma estructura substancial de su enorme cuerpo.

495 Acaecióle, en seguida, lo que a aquél a quien una larga obscuridad le ha robado los colores de los objetos visibles, que —si lo asaltan súbitos resplandores— queda más ciego con la sobra de luz, porque el exceso produce efectos contrarios en la débil potencia: el cual no puede recibir de nuevo la lumbre del *Sol*, por hallarse deshabitado, y contra esas ofensas de la luz apela a las tinieblas mismas que antes le eran obscuro obstáculo de su vista, y una vez y otra esconde con su mano las trémulas pupilas de sus débiles ojos deslumbrados, sirviéndole la sombra —ya ahora como piadosa medianera— de instrumento para que paulatinamente se habiliten y recobren, a fin de que después —ya constantes y sin desfallecer— ejerciten más firmes su operación. Recurso natural, éste de convertir el daño en remedio: sabiduría instintiva, que —confirmada por la experiencia— pudo quizá ser el maestro sin palabras y orador ejemplar que indujo a los Médicos para que —dosificando escrupulosamente las secretas virtudes nocivas del veneno mortífero, ya por el sobrado exceso de sus propiedades cálidas o frías, o ya por las ocultas simpatías o antipatías con que operan las

causas naturales, y logrando, al progresar en sus ensayos, ofrecer a nuestra suspensa admiración ese efecto innegable, aunque ignoremos su causa—, con prolijo desvelo y con atenta y remiradora experimentación (aquilatada primero, como menos peligrosa, en los brutos animales), descubrieran la provechosa confección de los maravillosos contravenenos, —ambición la más alta de la ciencia de Apolo, el dios de la Medicina—, pues así es como el bien se saca a veces del mal.

540 No de otra suerte tuvo que acogerse a la sombra, y cerrar de pronto sus ojos, el Alma que se había quedado atónita por la visión de tamaño objeto: de todo el Cosmos. Recogió, por lo tanto, la atención, que —dispersa en tanta diversidad— ni siquiera lograba recobarse del portentoso estupor que le había paralizado el raciocinio, sin dejarle sino apenas el informe embrión de un concepto confuso: porque éste —mal formado— exhibía sólo un caos de las revueltas especies que abrazaba, sin ningún orden ni en su unidad ni en su división; las cuales —mientras más se entrelazaban—, resultaban más incoherentes o incompatibles, por los disímbolos, ciñendo con violencia lo desbordante de objeto tan enorme a un vaso tan breve como es el de nuestro entendimiento (o el de uno de nuestros conceptos): recipiente ya escaso de por sí, hasta para acoger la idea exhaustiva de uno cualquiera, aun el ínfimo y más humilde, de tantos seres.

VII.— *El Sueño de la Omnisciencia Metódica*

560 Recogidas, así, las desplegadas velas que inadvertidamente había confiado al mar traicionero y al viento que agitaba sus alas, creyendo hallar constancia en el viento instable y fidelidad en el sordo mar (“desatento” a todas las súplicas), aquella tempestad obligó al Alma, mal de su grado, a que encallara en la “mental orilla” —en la costa del océano del conocimiento—, regresando a su punto de partida con el timón destrozado y con los mástiles rotos, y besando las astillas de su bajel las arenas de aquella playa; y en ella, recobrado el Entendimiento, le sirvió de “carena” (o sea, lo reparó y calafateó) la cuerda reflexión y templada prudencia de un juicio discreto, que —refrenado en su misma actividad— estimó más conveniente el reducirse a algún

asunto particular, o ir estudiando separadamente, grupo tras grupo, las cosas que se pueden sintetizar en cada una de las Diez Categorías en que las ordenó el arte lógica de Aristóteles: reducción metafísica que —captando las entidades genéricas en unas ideas o fantasías mentales donde la razón, al abstraer lo esencial, se desentiende de su materia concreta—, enseña a formar ciencia de los Universales (de los géneros y las especies). Con lo cual se subsana sabiamente nuestra incapacidad natural de poder conocer con una sola intuición todo lo creado; y haciendo escala de un concepto al otro, va dicho arte subiendo grada por grada, y sigue el orden relativo del comprender unas cosas por su relación con otras, obligado por el limitado vigor del Intellecto, que fía sus progresos a un sucesivo discurso, y cuyas débiles fuerzas va robusteciendo con sabia nutrición la doctrina. Porque el continuo y largo —aunque atractivo— curso de la enseñanza, le va infundiendo alientos robustos, con los cuales aspira altivo —ya más fortalecido— al glorioso palio (o laurel) del más arduo empeño, ascendiendo los altos escalones, mediante su cultivo, primero en una y luego en otra facultad, hasta que sin sentirlo contempla la honrosa cúspide de la Sabiduría, —la dulce meta de su ya pretérito afán, y el dulce fruto de su siembra amarga, tan sabroso a su gusto que lo estima barato aun al precio de esas dilatadas fatigas—, y con pie valeroso, huella la erguida frente de tal Montaña.

VIII.— *Las Escalas del Ser*

617 Mi Entendimiento, pues, quería seguir el método de esta ordenada sucesión de actividades cognoscitivas: o sea, partiendo de los seres inanimados (o Minerales), —los menos favorecidos, por no decir que desvalidos, por la Naturaleza, que es la “causa segunda” que los produjo—, pasar después a la jerarquía, más noble, que —ya con vida vegetativa— es el primogénito, aunque grosero, de Thetis (o sean, las Aguas): El Reino Vegetal, que fue el primero que, con su virtud succionadora, les oprimió a sus fértiles pechos maternos las dulces fuentes de ese jugo terrestre, que es el alimento dulcísimo para su natural nutrición; y jerarquía, ésa misma, que —adornada de cuatro operaciones contrarias—, ora atrae esas savias de la tierra, ora aparta cuidadosa lo que de entre ellas no le resulta asimilable, ora expelle esos

elementos superfluos, y ora, en fin, convierte en su propia substancia a las substancias más útiles de entre las que había acopiado.

639 Investigada ya esta jerarquía de los seres (los vegetales), proyectaba mi Entendimiento dar otro paso: profundizar otra más bella forma de vida (la sensitiva, o sea el Reino Animal), enriquecida de sentidos y —lo que es más— de imaginación, potencia capaz de aprehender las imágenes de los objetos y digna de provocarle envidia —ya que no de causarle afrenta— a la Estrella inanimada que centellea más luminosa, por más que luzca resplandores soberbios, pues aun la más pequeña y baja creatura, entre las vivientes, les lleva una envidiable ventaja (por este privilegio de la vida) hasta a los Astros más remontados.

652 Haciendo de esta ciencia de los cuerpos (inanimados y vivientes, vegetales y animales) el cimiento —aunque escaso— para una superior construcción, quería mi Entendimiento pasar después al supremo y maravilloso compuesto triplicado, que ordenadamente reúne tres acordes líneas, —el “Compuesto Humano”, que goza vida vegetativa, sensitiva y racional—, y que es un misterioso compendio de todas las formas inferiores (mineral, vegetal, animal, espíritu y, en suma, un “Microcosmos” o “Universo sintético”): bisagra engarzadora, o nexo y punto de encuentro, de la naturaleza pura que se eleva en el trono más alto (los Espíritus Angélicos), y de la menos noble y más baja de las creaturas (los cuerpos inánimes); ataviada no sólo con las cinco facultades sensibles — los sentidos del ver, oír, oler, gustar y tocar—, sino también ennoblecida con las tres facultades interiores —memoria, entendimiento y voluntad—, que son las rectoras o dirigentes de nuestra vida propiamente humana (y, en cierto modo, de toda la Naturaleza a la que el hombre domina con su razón y su libertad), puesto que aquella Sabia y Poderosa Mano de Dios así la enriqueció, y no en vano, para que fuese la Señora de las demás creaturas del orbe: término de Sus Obras, círculo en que se juntan la tierra y el Cielo, última perfección de lo creado, y suprema complacencia de su Eterno (o “Terno”: Trino) Hacedor, y en quien, con satisfecho beneplácito, reposó (o dió por terminada la Creación) Su inmensa magnificencia; fábrica o

construcción portentosa, que, cuanto más altiva llega a tocar el cielo, el polvo —al que retorna por la muerte— le sella (o cierra) la boca: de quien pudo ser símbolo misterioso la sagrada visión que el Aguila Evangélica —el Apóstol San Juan, autor humano del Apocalipsis— contempló en Patmos, la cual midió las estrellas y el suelo con iguales huellas, o bien aquella Estatua colosal que soñó el rey Nabucodonosor, que ostentaba la rica y altiva frente hecha de oro, y que tenía por base la más desdeñada y frágil materia —los pies de barro—, por lo cual se deshacía con un ligero vaivén.

690 El Hombre, digo, en fin: maravilla más grande que cuantas hubiera podido discurrir o fantasear nuestra mente: síntesis absoluta (o cabal) que exhibe las perfecciones del Ángel y del bruto y de la planta, y cuya “altiva bajeza” —cuya fusión de lo alto y de lo bajo— participa de la naturaleza de todas las restantes creaturas. ¿Y esto, por qué? ¿A qué fin habrá querido Dios que la naturaleza humana fuera un “microcosmos” o compendio del Universo? Quizá porque ella, más feliz que todas, sería encumbrada hasta la propia personalidad del Verbo de Dios, gracias a la amorosa Unión Hipostática entre la naturaleza humana y la Naturaleza Divina, en la Persona única de Cristo, verdadero Dios y Hombre. ¡Oh merced inefable! ¡Oh gracia nunca bien penetrada, aunque tan repetida, pues que parecería que la ignorásemos, a juzgar por lo poco que la apreciamos o lo mal que le correspondemos!

IX.— La Sobriedad Intelectual

704 Por estos grados, pues, —el mineral, el vegetal, el bruto, y de éste, en fin, al hombre, al ángel y a Dios—, quería unas veces ir avanzando mi Entendimiento; pero otras, disientía (o desistía), juzgando atrevimiento excesivo el que quisiera razonarlo todo, quien no entendía ni siquiera la parte más fácil y pequeña de los efectos naturales que más a mano tenemos.

Tal, en efecto, es el hombre, que no alcanza a explicarse el ignoto modo con que la fuente risueña —aquí, en concreto, la fuente Aretusa, que nacida en Acaya, se hunde en el subsuelo, y reaparece, pasado el mar, en Sicilia—, dirige su carrera cristalina, deteniendo su marcha en ambages (o vueltas y revueltas), y registrando —clara “pesquisidora”

o inspectora— esos oscuros tramos subterráneos que se creerían los espantables senos de Plutón (los antros infernales), y las alegres praderas que parecen los armenos Campos Eliseos, que antaño fueron el tálamo de la triforme esposa del mismo Rey del Averno (Proserpina o Perséfone: “triforme” por ser primero una doncella hija de Júpiter y Ceres, y luego —raptada ya por Plutón— medio año Reina de los Infiernos, y el otro medio año Diosa de la Agricultura): curiosidad o inspección útil, aunque prolija, ésta de Aretusa, la cual dio informes seguros de su bella hija Proserpina, aún no recobrada por ella, a la rubia Diosa (su madre Ceres), cuando trastornando montes y selvas y examinando prados y bosques, iba buscando a la misma Proserpina, que era su vida, y perdiendo su propia vida por el dolor de no dar con su paradero.

730 Y he aquí —como otro ejemplo de que es una excesiva pretensión la del conocimiento universal para el hombre—, el hecho de que no sabemos siquiera, ante una pequeña flor, por qué es una figura de marfil la que circunscribe su frágil hermosura, —en una azucena—; o bien, por qué —en la rosa—, una exquisita mezcla de colores, confundiendo la gran entre la blancura del alba, le da fragante atavío; o por qué exhala esos perfumes de ámbar, y cómo despliega al viento su ropaje, más bello cuanto más delicado, que multiplica en sus frescas hijas innumerables, luciendo una rizada pompa, cairelada de dorados perfiles, que —rompiendo el blando sellito de su capullo— ostenta con ufanía los despojos o el botín de la dulce herida de la Cipria Diosa (la rojez de la sangre de Venus), o bien, se apropia el candor del Alba y la púrpura de la Aurora, y, mezclando uno y otro de estos tintes, resulta un ampo de nieve purpúreo y un rosicler (o un rojo esmalte) nevado: tornasol —o color variable y complejo— que se atrae los aplausos del prado a los que aspira (como Reina de las flores), y que es también quizá el vano preceptor —maestro de vanidades—, y aun el profano ejemplo de la industria femenina (el arte de los cosméticos) que convierte el más activo veneno —el “Albayalde” o el “Solimán”— en doblemente nocivo, haciéndolo también veneno espiritual, en el barniz de los afeites falaces y tentadores con que el cutis se finge resplandeciente.

757 Pues bien —se repetía mi tímida Razón—; si ante uno

sólo de estos objetos (una fuente, una flor) se arredra el conocimiento y el raciocinio se aparta desalentado; si ante una aislada especie particular, vista como independiente de las demás y considerada prescindiendo de sus relaciones, tiene que huir vencido el entendimiento, y la razón —asombrada— se arredra de tan ardua lucha, que se niega a acometer con valentía porque teme —cobarde— no comprender jamás ese aislado objeto, o sólo comprenderlo “tarde o mal” (a costa de ímprobables fatigas y con mezcla de errores), ¿cómo podría esa misma flaca razón enfrentarse a todo el conjunto de tan inmensa espantable máquina (o sea la complicada estructura de todo el Cosmos), cuyo tremendo peso incomportable —si no estribara en su centro mismo, que es la Omnipotencia y Omnipotencia de Dios— agobiaría las espaldas de Atlante y excedería a las fuerzas de Hércules, de suerte que el que fue bastante contrapeso del Cielo (cualquiera de estos dos personajes, que sostuvieron en sus hombros el firmamento) juzgaría menos pesada y grave esa mole, que la faena de investigar la Naturaleza. . . ?

X.— *La Sed Desenfrenada del Saber*

781 Otras veces, en cambio, más esforzado, mi Entendimiento se reprochaba como una cobardía excesiva el renunciar al lauro del triunfo aun antes de haber siquiera entrado en la dura lid; y volvía su atención al audaz ejemplo del claro, joven, Faetonte —altivo auriga del ardiente Carro del Sol—, y me encendía el espíritu aquel impulso excelso y valeroso, aunque desventurado, donde —más que el temor ejemplos de escarmiento—, el ánimo halla sendas abiertas para la osadía, las cuales —si una vez han sido trilladas— no hay amenaza de ningún castigo que baste a remover (o disuadir) el segundo intento, o sea la renovada ambición de la misma hazaña.

796 Ni el panteón profundo que halló Faetonte al depeñarse en las aguas del Po —sepulcro azul de sus despojos ya calcinados—, ni el rayo vengador con el que Júpiter derribó a aquél mismo, o aquéllos otros con los que aplacó a los Gigantes ávidos de escalar el Olimpo, no logran conmover, por más que le advierten su temeridad, al ánimo arrogante, que, despreciando el vivir, resuelve eternizar su nombre en su ruina. Cualquiera de esas catástrofes, por el con-

trario, es más bien un ejemplo pernicioso, un tipo y modelo, que engendra nuevas alas para que repita aquellos vuelos el ánimo ambicioso a la valentía, por la fascinación del peligro—, delecta las glorias que conquistará si vence tamaño riesgo, entre los caracteres de la tragedia (en cuyos rasgos, como en otras tantas letras, parecería que no debiera leerse sino el escarmiento).

811 ¡Ojalá, pues, que —en semejantes audacias— jamás se publicara su castigo, para que nunca volviera a intentarse la misma culpable temeridad; sino que, por el contrario, un político (o prudente) silencio —como discreto gobernante— rompiera los autos y memorias de tal proceso; o bien disimulara, en fingida ignorancia, cual cerrando los ojos a esa especie de crímenes; o (a no poder dejarlos impunes) sólo secretamente castigara tales excesos de la petulancia, sin exhibir a las miradas del pueblo su ejemplo nocivo! La maldad, en efecto, de los extraordinarios delitos resulta peligrosa en su divulgación, de la que puede trascender un dilatado contagio, mientras que —siendo culpa sólo individual y no publicándose—, su reiteración será mucho más remota o improbable entre quienes la ignoren, que no entre quienes hayan recibido su noticia y la de su castigo, dizque para quedar escarmentados. . .

XI.— *El Despertar Humano*

827 Pero entre tanto, —mientras que la elección de mi Intelecto zozobraba, confusa, entre los escollos de estas decisiones contrarias, tocando sirtes o arrecifes de imposibles en cuantos rumbos intentaba seguir—, el “calor natural”, no encontrando materia en que cebarse —pues su llama (que es llama, al fin, por moderada que sea) inevitablemente consume su pábulo, y aun podríamos decir que lo quema, siempre que ejercita su actividad—, ya había lentamente transformado los manjares, convirtiendo en suya propia aquella ajena substancia; y el bullicioso hervor, que resultaba del encuentro del “húmedo radical” y de aquel ardiente “calor”, había ya cesado, al faltarles el medio (o sea, el alimento), en el maravilloso vaso natural del Estómago; y consiguiendo, los húmedos vapores soporíferos —que subiendo de éste, embarazaban el trono racional, el Cerebro, desde donde derramaban a los miembros el dulce entorpe-

cimiento—, consumidos ahora por los suaves ardores del calor, iban ya desatando las cadenas del Sueño. Sintiendo, pues, la falta de nutrición, los extenuados miembros—cansados del descanso—, ni del todo despiertos ni dormidos del todo, con tardos esperezos daban ya muestras de querer moverse, extendiendo poco a poco—todavía medio involuntariamente— los nervios entumecidos, y volviendo de un lado a otro los huesos fatigados por la misma fija postura.

864 Entreabriendo después los ojos, dulcemente impedidos hasta entonces por el beleño (o soporífero) natural, los sentidos empezaron a recobrar sus operaciones; y del Cerebro, que así se vió ya libre y desocupado, huyeron los fantasmas—las representaciones nocturnas de la fantasía—, desvaneciéndose su forma como si hubieran estado hechos de un ligero vapor y se trocaran en humo fugaz y en aire invisible. . . Tal, así, la Linterna Mágica, ayudadas no menos por la sombra que por la luz, representa pintadas varias figuras, simuladas en la blanca pared; y—guardando en sus temblorosos reflejos las debidas distancias de la docta perspectiva, según sus ciertas medidas confirmadas por reiterados experimentos—, a la sombra fugitiva, que se desvanece en la claridad, la finge un cuerpo formado, dándole la apariencia de un volumen consistente, adornado de todas las dimensiones, por más que ni siquiera sea una real superficie.

XII.— El Triunfo del Día

887 En tanto, el Sol—engendrador ardiente de la luz—reconocía ya próximo el término prefijado para acercarse al Oriente (de nuestra longitud), y se despedía de nuestros opuestos Antípodas con sus rayos crepusculares, puesto que para ellos hace su Occidente—con trémulos desmayos de su luz— en el punto mismo en que ilumina nuestro horizonte Oriental. Antes, empero, la hermosa y apacible estrella de Venus—el Lucero matutino—rompió en su primer albor; y la Aurora, la bella esposa del viejo Tithón—tal como una Amazona vestida de mil luces, armada en guerra contra la Noche, y a un mismo tiempo hermosa y atrevida, y valiente aunque llorosa (por su rocío)—, mostró su gallarda frente, coronada de fulgores matutinos: tierno preludio, pero ya

animoso, del llameante Planeta (el Sol), que venía reclutando sus tropas de bisoñas (o nuevas) vislumbres, y reservando a la retaguardia otras luces más veteranas y fuertes, para lanzarse ya al asalto contra la Noche, que—Tirana usurpadora del imperio del Día— ostentaba por corona el negro laurel de miles de sombras, y con nocturno cetro pavoroso regía las tinieblas, que aun a ella propia le infundían terror.

917 Pero apenas la bella precursora y abanderada del Sol—la misma Aurora, como su adalid y su alférez—tremoló en el Oriente su luminoso pendón, tocando el arma todos los bélicos y a la par dulces clarines de las Aves—diestros, por más que no enseñados, trompeteros sonoros—, cuando la Noche, cobarde como todos los tiranos y perturbada de medrosos recelos—aunque intentó alardear de sus fuerzas, escudándose en su lúgubre capa, y recibiendo en ella' las breves heridas de las fúlgidas estocadas de la Luz, si bien este su valor fue sólo un burdo pretexto de su cobardía—, conociendo su débil resistencia y ya casi confiando a la sola fuga su salvación, tocó su ronca bocina (o cuerno) para recoger sus negros escuadrones y así poder retirarse en orden, al tiempo en que se vió asaltada por una más vecina plenitud de reflejos, que rayó la punta más encumbrada de los erguidos torreones del Mundo, que son los Montes.

943 Llegó el Sol, en efecto, cerrando el giro de oro que esculpió sobre el azul zafiro del Cielo, formado por mil veces mil puntos y por mil flujos o raudales dorados. Líneas, digo, de clara luz, salían de su circunferencia luminosa, pautándole al firmamento su plana azul (o sea, llenándolo todo, como las “pautas” en toda la extensión de una hoja de papel rayado); y embestían, atropadas, a la que poco antes fue Tirana funesta de su Imperio, la cual huyendo desordenadamente, en su precipitación, iba pisando su propia sombra, tropezando en sus mismos horrores, y pretendía llegar al Occidente con su desbaratado—y ya caótico—ejército de tinieblas, acosado por la Luz, que le iba al alcance.

958 La fugitiva carrera de la Noche, consiguió, al fin, la vista del Ocaso,—esto es, llegar al borde de nuestro horizonte Occidental—; y recobrada (o vuelta a sus bríos) en su mismo despeñarse hacia el otro lado, y esforzando su aliento por la

rabia nisma de su derrota, determina, rebelde por segunda vez, coronarse Reina en esa otra mitad del globo terrestre que el Sol acaba de dejar desamparada Mas ya, en esto, ilustra a nuestro Hemisferio la hermosa y áurea melena del mismo Sol: el cual, —con justa luz, fiel al orden distributivo, que da a cada quien lo suyo—, íba.es repartiendo sus respectivos colores a las cosas visibles y restituyéndoles entera su actividad a los sentidos externos, quedando así —con una luz más cierta que la de la Aurora y del Sueño— iluminado el Cosmo a nuestro ojos, y yo despierta.

POESIA RELIGIOSA